

APÉNDICE I

LA VERDADERA SIGNIFICACIÓN DE LA REFORMA

1. El pensamiento fundamental del Cristianismo.

—En diferentes ocasiones hemos visto, y de ello nos hemos convencido con frecuencia, que la verdadera dificultad para conformarse con el Cristianismo consiste en la manera de concebirlo como la unión de lo natural y lo sobrenatural. Si la religión cristiana sólo exigiese de nosotros la aceptación de algunos principios de fe sobrenaturales, sin pretensión alguna de ejercer influencia sobre nuestra manera de pensar y obrar, no sería mayor piedra de escándalo que cualquiera de las religiones paganas ó de las modernas filosofías. Pero ella nos enseña que, puesto que no hay más que un solo objeto final para el hombre, nadie consigue su fin y su perfección naturales, si no quiere esforzarse en alcanzar los fines sobrenaturales asignados por la Revelación. Pero todavía es más extraña la doctrina que dice que, no sólo cada individuo, sino todo el género humano debe admitir el orden sobrenatural como su más elevada regla de conducta, si no quiere renunciar á conseguir su ideal y su fin natural.

No es, pues, suficiente que el hombre y la humanidad quieran hacer marchar á la vez, los unos al lado de los otros, los esfuerzos encaminados á conseguir el fin natural, sino que es preciso que aquellas dos tendencias marchen perfectamente de acuerdo y en la unión más íntima, como, por decirlo así, cogidas de la mano. Con demasiada frecuencia creen muchos poder separar el Cristianismo del mundo, en la persuasión de que unos pueden buscar la

verdad y el derecho en el culto de lo natural, y los otros en un mundo puramente sobrenatural, sin preocuparse del anterior. Pero con esto no quedan satisfechas las exigencias del Cristianismo. El individuo, como la totalidad, debe tener ante sus ojos el fin natural y el sobrenatural. Muy lejos está de ser cristiano quien hoy marche con Dios y mañana con el mundo; quien ore fervorosamente en su casa, y nada quiera saber del servicio de Dios fuera de ella; quien, en caso de necesidad, es cristiano el domingo, pero que el lunes sólo quiere ser un simple hombre. Preciso es que cada uno sea, al mismo tiempo y de un modo perfecto, hombre y cristiano. Y esto mismo ocurre con la sociedad entera; debe ser en todas partes y siempre natural y sobrenatural, humana y cristiana. ⁽¹⁾

Ahora bien, para que esto sea posible, preciso es que el hombre confíe á la vez su espíritu, capaz de tantos errores, y su corazón, tan expuesto á extraviarse, á la dirección de la verdad y de la ley sobrenatural, si quiere solamente vivir de un modo natural y honesto. Pero esto no se aplica únicamente á los individuos, sino también á toda reunión de hombres cualquiera que sea; por consiguiente, á la sociedad y al Estado, en una palabra, á la vida pública. Según la doctrina cristiana, la razón humana no es capaz, verdad es, de encontrar por sí misma muchas verdades naturales, y, sin embargo, el poder humano no está de tal modo dañado, que ya no pueda amar el bien natural ni hacerlo en cierta medida. Á pesar de esto, nadie, ni siquiera el mejor y más dotado, puede abstenerse de una dirección vigorosa; y, según el testimonio de la Revelación y de la historia, imposible es que el hombre y la so-

(1) Thomas, 1, 2, q. 1, a. 5, et a. 8. Joannes a S. Thoma, *Theol.*, IV, d. 1, a. 5, 7. Suarez, *De gratia Dei, prolog.*, 4, a. 1, 8. Philipp. a S. Trinit., *Theolog. dogm.*, II, tr. 1, d. 5, d. 4; I; tr. 3, d. 8, d. 5. Salmantic., *De angelis*, 1, 9, 62, a. 1, 8-10, et tr. 3, *disp.* 10, dub. 5. Báñez, 1, q. 62, a. 3, dub. 3. Billuart, *De gratia*, d. 3, a. 4, a. 5. Mezger, *Theol. Salisburg.*, tr. 3, d. 33, a. 1, 8. Esparza, 1, 2, q. 27, a. 6. Sylvius, 1, 2, q. 85, a. 6, q. 1, *concl.* 2. *Valentia*, II, d. 6, q. 17, p. 4. Azor, I, l. 4, c. 33. Estius, 2, d. 33, a. 7. Collet, *De peccatis*, p. 2, c. 1, a. 5. Schæzler, *Pæpstliche Unfehlbarkeit*, 173 y sig. *Natur und Vebnatur*, 255 y sig. *Neue Untersuchungen*, 264 y sig.

iedad permanezcan en el camino de la verdad y del bien, si rechazan la disciplina del orden sobrenatural, cuyos preceptos son los únicos que pueden preservarnos del error y hacer desaparecer las debilidades y defectos innatos en nosotros.

Sin duda alguna que estos preceptos tienen su aspecto duro; pero también ofrecen su aspecto elevado, y son tanto más útiles al hombre, cuanto que menos los comprende y más resistencia les opone. Esto se aplica más particularmente á la obligación de doblegarse, así en la vida externa como en las aspiraciones íntimas, á un poder superior que rige, según una ley inmutable, lo mismo la justicia humana que la piedad cristiana. El hombre es hostil á todo lo que no adule su glorificación personal; pero el que, lleno de insensato orgullo, quiere dirigirse por sí mismo en un camino tan peligroso como el de la vida, puede considerarse perdido. Por lo contrario, bajo una dirección firme, el hombre sin experiencia domina las cumbres más elevadas y difíciles. De aquí que, no sólo no sea un impedimento la disciplina, sino que es el más grande de todos los beneficios. Sin duda que impone límites, pero estos sólo pesan sobre los principiantes. Para el que ha hecho su aprendizaje, no sólo no constituyen un peso, sino que son algo indispensable y seguro para ejecutar acciones que superan lo común y ordinario.

2. Cuán á gusto se encontraba la Edad Media en el Cristianismo.—Evidentemente, la Edad Media había hecho ya este aprendizaje, y salido de la infancia del espíritu, ya que, no sólo no veía en estos principios obstáculo alguno capaz de impedir al hombre elevarse por encima de la vida ordinaria, sino que, por lo contrario, encontraba en ellos un medio para conseguir esta elevación. Nosotros, que hemos vuelto á la infancia, nos asombramos al contemplar la facilidad con que aquella época se movía con tanta audacia, ligereza y seguridad en regiones que nos dan miedo y nos causan vértigos. Pero nuestros padres se reirían de nuestra timidez, y nos dirían que su seguri-

dad se explicaba por el exacto cumplimiento de las leyes de la vida cristiana, lo que les permitía poder marchar entre el cielo y la tierra como por terreno sólido.

Vemos confirmado esto en la maravillosa inclinación, tan poética como fundada en la fría razón, que reinaba hacia el simbolismo en la Edad Media. También el paganismo era religioso á su manera; también para él, todas las cosas creadas eran, en cierto sentido, un espejo de Dios. ⁽¹⁾ Jamás cayeron tan bajo los paganos, que no se sintiesen atraídos hacia el Creador por las obras de Dios. ⁽²⁾ Pero, desgraciadamente, su simbolismo religioso entrañaba el germen de la corrupción. Como prueba convincente de que el corazón del hombre está profundamente corrompido, y oscurecido fuertemente su espíritu, no podríamos tratar materia más á propósito que ésta. El signo más evidente de una gran debilidad intelectual consiste en tomar la imagen muerta por el ejemplar vivo. Pues bien, tal fué el error común del Paganismo, error en el cual cayeron los pueblos mejor dotados del mundo antiguo. Añadióse á esto, particularmente en Asia, África y Grecia, una sensualidad asquerosa, ó mejor, una inmoralidad, que de tal modo turbaba la imaginación y el corazón, que llegó á practicar, como culto divino, las atrocidades más irritantes. En el Extremo Oriente y en las regiones del Norte, manifestóse en el simbolismo religioso el desorden indomable de la imaginación. En todas partes más ó menos, particularmente entre los latinos, germanos, celtas, y sobre todo entre los griegos, una inclinación siniestra hacia los demonios y los espectros jamás dejaba respirar libremente á los hombres. En cada árbol, en cada corriente de agua, debían temer aquellos pobres paganos la malignidad, la envidia, la maldad de seres invisibles. Sin duda alguna que también era aquél un simbolismo, una unión de lo natural y de lo sobrenatural, pero era un simbolismo que fatalmente debía paralizar al hombre y envilecerlo.

(1) Orfeo, *Frag.* 1 (Mullach, *Filos. Grieg.*). Virgil., *Bucol.*, III, 90. Aratus, *Phœnom.*, 2 y sig. Petronius, *Sat.*, 17.—(2) Rom., I, 19.

Completamente distinto es el simbolismo cristiano. ⁽¹⁾ ¡Cuán ingenioso y puro es! ¡Cómo eleva, y ante todo, cuán instructivo es! Esta última cualidad faltaba completamente al simbolismo pagano. Las religiones paganas carecían en absoluto de enseñanza religiosa, pues carecían de predicación, de catecismo, de instrucción relativa al culto divino. Si exceptuamos los datos dudosos que una época muy posterior nos ha proporcionado sobre algunos misterios, podemos afirmar que el simbolismo religioso no enseñaba ni verdades de fe ni preceptos morales. Por lo contrario, todos los símbolos cristianos son una predicación, y como tales, tienen todavía hoy grandísima importancia. Las infantiles representaciones de los objetos naturales que expresan, con frecuencia provocan nuestra sonrisa; pero todo espíritu reflexivo se complace, no obstante, en fijar sobre ellas la atención y, meditando en ellas, se han elevado, edificado, mejorado é instruido, ya que nos proclaman, en forma tangible é inolvidable, nuestros deberes con relación á Dios y al mundo. Nos dan á conocer la existencia de Aquél que, por medio de sus criaturas, ha tendido sus manos hacia nosotros, elevando así, por modo completamente natural, nuestro corazón y nuestra inteligencia hacia Él. La ceniza nos predica la penitencia y el aceite la fe; invítanos la sal á aspirar á una sabiduría celeste, y el agua nos enseña á ser puros. Cada color tiene una significación; el rojo predica la caridad, el blanco indica la castidad. El león nos llama á la vigilancia, el gallo á la oración y á la penitencia. Cada brizna de hierba nos habla de Dios, cada flor de la hermosura de Aquel que supera á toda belleza. Lo sobrenatural y lo celeste se cambian por lo terrestre, lo terrestre es juzgado y evaluado de conformidad con la única verdadera medida, es decir, según lo que es celeste. Y este lenguaje ha sido comprendido y lo será siempre, allí donde florezca el Cristianismo.

(1) Recordaremos aquí á Joannes a S. Geminiano (*Summa de exemplis et rerum similitudinibus*); Durandus; los trabajos de Menzel, Kreuser, de la Bouillierie, etc.

¡Qué muchedumbre de ejemplos nos ofrecen las biografías de nuestros santos!

Nuestros niños católicos se nutren de estas ideas, y miran á todo cordero con santo respeto, porque ven en él la imagen del verdadero Cordero Pascual; no hacen daño á las golondrinas, á las abejas, á las luciérnagas, porque están consagradas á la Virgen; se guardan bien de arrojar á tierra una migaja de pan, porque todos debemos tratar santamente los dones divinos, y porque Cristo ha ordenado recogerlas. De este modo, nuestros cristianos, grandes y pequeños, quizás simples ante el mundo, pero sabios interiormente, viven unidos á Dios en todas partes en donde se ofrece á sus ojos una de sus criaturas.

Y también sirven á Dios en cada una de las obras que realizan en la tierra. Quizás sea esto un trabajo puramente terrestre, un trabajo que recuerde bien el polvo; sin embargo, es para ello un medio de estrechar aún más el nudo del lazo que une su corazón al cielo. En los enfermos cuidan á Cristo. Comenzar y terminar sus comidas y el sueño con la oración, transforma en culto de Dios su frugal alimento y su reposo tras un penoso trabajo. Se regocijan cuando llega el momento en que se les dice: «Entremos en la casa de Dios»; pero no hallan dificultad alguna en cumplir el precepto de la oración continua en los campos, detrás del carro, ó en el bosque. De buen grado se sitúan cómodamente en tierra, porque la tierra es en verdad para ellos el templo del Señor; pero cuando elevan sus ojos hacia el cielo, esta vida, iluminada por el resplandor de la gracia, les parece verdaderamente bella y digna de ser vivida. Los extraños, que no conocen sus disposiciones de espíritu y que no piensan del mismo modo que ellos, se sienten involuntariamente emocionados y transportados á una altura desconocida, cuando los contemplan más de cerca, sin saber de donde proviene ese encanto superterrestre que su lenguaje y su modo de pensar ejerce en todos. Examinando los *Autos Sacramentales* de Calderón,—dice uno de ellos—experimentamos la misma impre-

sión que si uno adoptase repentinamente á nuestros ojos una dilatada vista. El espíritu recorre vastos espacios celestes, en los que la vía láctea se divide en soles, en tanto que nuevos mundos se elevan de la profundidad crepuscular de la inmensidad. ⁽¹⁾ Ocurre lo mismo que en el templo de Graal de Titurel. Apenas ponemos el pie en él, cuando sentimos que nos anima el soplo del Espíritu Eterno. Y con esto, nada se produce de exagerado, de confuso, de inútil, como podría creerse á primera vista. Este espíritu es tan sencillo, tan elevado, tan sublime, tan lleno de orden sabio y de armonías, que todas las potencias del alma se sienten impulsadas á la devoción. El mundo entero, la historia, el mundo antiguo, el mundo moderno, el mundo de las leyendas, la creación con todo lo que contiene en materia de plantas, de animales, de piedras, todo lo que reviste de pensamientos claros y determinados las cosas más incomprensibles, todo lo que hace vivientes y tangibles las cosas más misteriosas, debe adaptarse como símbolo al altar de Dios. ⁽²⁾

Tal era la disposición de espíritu de la Edad Media, disposición de espíritu que encontramos expresada del modo más claro en el arte más elevado de aquella época, en la arquitectura. En efecto, la Edad Media levantó edificios majestuosos y sublimes, conduciendo, por modo completamente natural é irresistible, al espectador hacia las regiones de lo alto. No hay en toda su obra la menor laguna, ni el menor salto brusco; en ninguna parte se observa la menor escasez, ni nada que no sea necesario; todo aparece hecho de un solo golpe. La fuerza y la dulzura aparecen como fundidas; el cielo y la tierra han cambiado entre sí su espíritu; todos, artistas, sacerdotes, ciudadanos, ciudades, príncipes, aldeanos, pobres, todos han proporcionado jovialmente, y sin la menor violencia, las piedras y los ornamentos.

Pero lo que más nos satisface al primer golpe de vista,

(1) Schack, *Gesch. d. dram. Lit. und Kunst in Spanien*, III, 252.

(2) Schack, *ibid.*, III, 255.

es la armoniosa impresión que el conjunto produce en nosotros. Si lo examinamos con más detención, quedamos admirados de la delicadeza en la ejecución de los detalles. Si volvemos sobre nuestros pasos, y comparamos el conjunto con los detalles, comprendemos cómo cada particularidad resalta por modo vigoroso é independiente, y cómo, en vez de estropear el todo, le está armoniosamente subordinada. Lo que hoy es incomprensible, era completamente natural para el artista y para el hombre de la Edad Media. Producir el efecto por medio del conjunto, y tratar cada detalle de manera que realizase con su belleza é independencia la impresión general, era el principio entonces en vigor. El arte anterior jamás hubiera podido reunir estas cualidades, si la época que le dió nacimiento no hubiese sido tal que cada individuo obrase, no sólo como miembro de la sociedad terrestre, sino también como miembro del mundo sobrenatural, en el cual se sentía tan á sus anchas como en su propia casa. De aquí esa conducta audaz y llena de energía de los hombres de aquella época, conducta que nos produce casi una impresión de arrogancia. Sin embargo, no hay presunción en ella, sino que antes bien, es resultado de una convicción jovial y legítima, completamente natural en una sociedad que sabe que está en buena armonía con el cielo y la tierra, ó, como dice Wolfram de Eschenbach: «Es la convicción de una caballería que quiere conquistar el premio para el cuerpo y el paraíso para el alma.»⁽¹⁾

3. Pensamiento fundamental y naturaleza de la Reforma.—Pues bien, contra todo esto, estalló la Reforma con rabia grosera y destructora. No es posible considerarla, sino como el contraste más opuesto á la concepción del mundo que acabamos de exponer. No es admisible tratar de hacer derivar su separación de la Iglesia de

(1) Parcival, 472, 1 y sigs. (Bartsch, 9, 1171 y sig.). Cf. *Munsch vom Paradies*, 235, 21 (Bartsch, 5, 351; 238, 27. (Bartsch, 5, 442); 250, 25 (Bartsch, 5, 805); 252, 7 (Bartsch, 5, 847); 470, 11. (Bartsch, 9, 1121). Titurel, 44, 1, 2. Siempre la sentencia de S. Mateo, VI, 33.

un principio dogmático aislado, pues no es posible creer que una Iglesia particular se forme inmediatamente por causa de algunos principios que un centenar de personas apenas comprenden en el mismo sentido, y ya que, aunque ocurriese esto, sus miembros deberían abandonarla tan pronto como renunciasen á estas opiniones doctrinales. Ahora bien, ¿por qué continúa la división, á pesar de que nadie cree ya en los dogmas de Lutero? ¿Por qué los esfuerzos hechos para volver á la unidad de la fe y de la vida á los espíritus separados fracasan tan miserablemente, no obstante la actividad desplegada por tantas personas bien intencionadas? Porque no se trata de divergencias sobre ciertos puntos de doctrinas que fácilmente podrían esclarecerse con buena voluntad, porque no sólo es preciso volver á coser la rasgadura que la funesta separación ha hecho exteriormente en la túnica inconsútil de Cristo, sino que se trata de la religión cristiana misma en su más íntima naturaleza. Contra ésta es contra quien la Reforma ha trabado un combate que necesariamente debía conducir á una disolución.⁽¹⁾

Hoy, que la supuesta Reforma yace tras nosotros como un punto de vista vencido ha ya mucho tiempo, no es posible la duda sobre esta materia, ni nadie intenta ya contestar formalmente á esta verdad.

Han pasado ya los tiempos en que, ó por buena fe, ó por escrúpulo de conciencia, se discutía para saber si la palabra *es* significa en realidad lo que expresa, ó si las palabras que el Juez severo pronunciará un día á propósito de las buenas obras deben ser tomadas con tanta seriedad como parece que deben tomarse. Hoy, representantes que ciertamente no son los últimos en la defensa de la causa del Protestantismo admiten que la doctrina referente á la Iglesia,⁽²⁾ al sacerdocio,⁽³⁾ al poder de las llaves,⁽⁴⁾ á la

(1) V. más arriba, VI, 2.

(2) Schenkel en Herzog, *R.—E.* (1) VII, 563, 565.

(3) Hase, *Polemik*, (3) 94. Schenkel, (Hertzog, VII, 563, 568). Steitz, *ibid.*, IX, 371.

(4) Steitz (Hertzog, XIII, 580).